

### III.

#### REINADO DE FELIPE IV.

DESDE LA CAIDA DE OLIVARES HASTA LA MUERTE DEL REY.

Algo mejoró con la caída de Olivares la situación del reino, aunque no tanto, ni con mucho, como el pueblo creía y esperaba; que los pueblos son siempre fáciles en creer y largos en esperar de toda mudanza que desean. Pareció, en efecto, que el rey empezaba á ser rey, la reina á ser reina, á ser consejos los consejos, á funcionar las cortes como cortes, y á ser tratados como hombres de valer los hombres que algo valían. El rey dando de mano á los devaneos y poniéndola en los negocios; la reina recobrando su influencia legítima; los consejos deliberando; las cortes votando los subsidios; los hombres de valer volviendo del destierro á ocupar los altos cargos del Estado. Comenzaron á arribar con plata los galeones de Méjico; mejoró la guerra de Cataluña; tremoló en Lérida el pabellon de Castilla, y Felipe IV., que ya fué al teatro de la guerra, no como un cautivo con las insignias y galas de rey, sino con un rey que habia salido de la cautividad, entró en aquella ciudad en triunfo, y le juró sus fueros.

Coincidió felizmente con este cambio la muerte del ministro de Francia Richelieu; sucedió el fallecimiento del monarca Luis XIII.; la hermana del rey de España quedaba regentando aquel reino á nombre del niño Luis XIV.; esperábase mucho de tan inmediato deudo entre la gobernadora de Francia y el monarca español; confiábase no poco en los disturbios que allá se suscitarían en la minoría del rey; y cuando se trató de paz se desechó el pensamiento, por creer que traía ya mejor cuenta guerrear que hacer paces. Todo iba bien con tal que durára.

Pero si hubo algunas prosperidades, sobrevinieron mas infortunios; aquellas fueron breves y pasajeras, éstos largos y duraderos. Malogróse en Flandes el cardenal infante de España don Fernando, y desgracióse en Madrid la reina Isabel de Borbon. Allá con el infante faltó á España la única columna que sostenía, mal que bien, el resto de nuestra dominación en aquellos países: acá con la reina faltó al monarca el buen consejo, la única influencia legítima y saludable. La reina regente de Francia no se condujo como la hermana de Felipe IV. de Castilla, sino como la viuda de Luis XIII. y como la madre de Luis XIV. de Francia. Con la muerte de Richelieu nada adelantamos; porque Mazarino que le sucedió, cardenal como él, primer ministro como él, privado como él, político como él, y todavía mas astuto y sagaz que él, era tanto ó mas enemigo que él de las casas de Aus-

tria y de España, con tanta ó mayor pertinacia y tenacidad que él empeñado en abatir y destruir los dominios alemanes y españoles.

Y en tanto que allá sucedia un gran político á otro gran político en el ministerio, acá reemplazaba en la cámara real un privado á otro privado. Felipe IV. se cansó pronto de obrar como rey: fatigábanle los negocios y volvió á los devaneos, y entregó su poder y su confianza á don Luis de Haro, como antes la habia entregado á don Gaspar de Guzman. Asi el indolente monarca dividió su largo reinado en dos períodos, señalados por dos privanzas de dos inmediatos deudos, tio y sobrino. El favoritismo parecia ya hereditario como la corona. Y en verdad no pronosticó bien el que á la caída de Olivares fijó á la puerta del palacio aquel pasquin que decia: «*Ahora serás Felipe el Grande, pues el Conde-duque no te hará pequeño.*» Felipe IV. no fué mas grande con el marqués del Carpio que con el Conde-duque de Olivares, con don Luis de Haro que con don Gaspar de Guzman.

La batalla de Rocroy, en que el jóven Condé recogió los laureles con que engalanó la dorada cuna del niño Luis XIV., acabó con la reputacion que aun habian podido ir conservando los viejos tercios españoles de Flandes. Allí pereció el valeroso conde de Fuentes, último representante de aquella antigua escuela de ilustres guerreros castellanos. El triunfo de imperiales y españoles allá en los campos de Tuttlin-

ghen no fué ya sino como una chispa que revivió y brilló entre apagadas cenizas. Sucesivamente nos fué arrebatando el francés las plazas de Thionville, Gravelines, Mardik, Armentieres, Courtray y Dunkerque. Nuestros generales, Melo, Fuensaldaña, Picolomini, Carmona y Bech, no eran hombres que pudieran competir con Orleans, Condé, Gassion, Chatillon y Rantzau; ni el archiduque Leopoldo de Austria fué el sustituto que se necesitaba en el gobierno de Flandes para reemplazar al cardenal infante de España. Los Países Bajos amenazaban acabar de perderse.

Con languidez vergonzosa se arrastraba la guerra de Portugal, reducida á irrupciones asoladoras, y á tentativas recíprocas, de los castellanos sobre Olivenza, de los portugueses sobre Badajoz. Las fuerzas de Castilla estaban casi todas en Cataluña, donde alternaban entre triunfos y reveses, merced á las disidencias y al disgusto que entre los pocos buenos generales que aun quedaban produjo el nuevo favoritismo á que se habia entregado el rey, retirándose desazonados los que habian sabido vencer, y dirigiendo la campaña los que en otros países no habian sabido triunfar. Y cuando habria podido sacarse gran provecho de la reaccion que en el espíritu de los catalanes se estaba obrando en contra de la Francia y en favor de Castilla, sobrevienen las insurrecciones de Sicilia y de Nápoles, y con ellas la necesidad de desmembrar el no robusto ejército de Cataluña para apa-

gar el fuego que por aquella parte ardia voraz é imponente.

Las rebeliones de Sicilia y de Nápoles fueron producidas por causas semejantes á las de Cataluña y Portugal: acá por la imprudencia y el mal gobierno del rey y su ministro, allá por las tiranías y las concusiones de los vireyes, acá y allá por la multitud de exacciones y tributos arrancados á los agobiados pueblos para atender á tantas guerras funestas y ruinosas, y para enriquecerse á la sombra y so pretexto de ellas ministros, vireyes y gobernadores. Cierito que en la península española como en la italiana soplabá el francés la discordia y atizaba la rebelion. Pero al modo que Cataluña y Portugal se hubieran alzado aun sin las intrigas de Richelieu, Sicilia y Nápoles se habrían rebelado tambien aun sin ser movidas por Mazarino. Revoluciones en que se alzaban tantas poblaciones y tantos hombres no podian menos de ser populares. En todo el reino de Sicilia solo la ciudad de Messina se mantuvo fiel á España: en sola la ciudad de Nápoles llegaron á ponerse en armas ciento veinte mil hombres. ¿Cómo, si aquellos alzamientos no hubieran sido populares, habrían podido llegar á dominar en capitales tan populosas hombres de tan baja extraccion como un calderero y un vendedor de pescado? ¡Qué degradacion la de nuestros vireyes! ¡Qué transacciones tan bochornosas, la del marqués de los Velez con José Alecio, la del duque de Arcos con Masaniello! ¿Quién

habría podido reconocer en aquellos dos degenerados magnates los sucesores del gran don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna?

Sofocóse la insurreccion de Sicilia, merced á los barones y señores del pais, que la combatieron. Tenaz y sangrienta fué la de Nápoles. Despues de mil escenas de horror, de desolacion, de estragos, de muerte y de esterminio, aquella rica y bella conquista de los monarcas españoles estuvo ya muy cerca de perderse ignominiosamente para España. A imitacion de Cataluña, Nápoles aspiró á hacerse independiente, proyectó erigirse en república, y concluyó por entregarse á un francés, descendiente de la antigua casa de Anjou. Por fortuna la eleccion de los insurrectos fué para ellos desacertada. Si el duque de Guisa no hubiera sido un presuntuoso, que comenzó portándose con imprudencia para acabar conduciéndose con cobardía, la insurreccion habria triunfado. Como gobernador, cansó y descontentó á los napolitanos, como guerrero no supo resistir á las tropas españolas. Hecho prisionero en Capua, y traído al alcázar de Segovia, fugóse de la prision; pero alcanzado en Vizcaya, fué de nuevo encerrado en ella. El que habia sido imprudente en Nápoles, cobarde en Capua y desleal en Segovia, obró despues como un ingrato para concluir su carrera como un traidor. Bien hicieron la reina Ana de Austria y el ministro Mazarino en no proteger la dominacion del de Guisa en Nápoles, aun con ser principe fran-

cés, y España fué la que recogió el fruto de aquel desvío.

Debióse, pues, la recuperacion de Nápoles á las locuras de Masaniello, al desenfreno y á la versatilidad del populacho, á la presuntuosa arrogancia de el de Guisa, á las rivalidades entre la regente y el ministro de Francia con la casa de Lorena, al oportuno socorro que llevó don Juan de Austria, y al reemplazo del indiscreto y desconceptuado duque de Arcos por el acreditado y hábil conde de Oñate. El jóven de Austria, hijo bastardo de Felipe IV., comenzó allí su carrera, obrando con una firmeza, con una cordura y un tino que hizo concebir esperanzas de que en los hechos como en el nombre habria de ser un trasunto del bastardo de Carlos V. Esta ilusion desapareció después. El de Oñate pecó de severo y rudo en el castigar, y tanto regó aquel suelo de sangre, que faltó poco para que volviera á brotar la insurreccion.

El tratado de Westfalia puso término á la guerra de los Treinta años en el imperio alemán, y á la lucha de ochenta años entre España y las provincias disidentes del País Bajo. ¡Ochenta años de continuo pelear! ¡Ochenta años de consumir tesoros y hombres para acabar por reconocer la independenciam de aquellas provincias! Y sin embargo, aquella paz fué recibida y celebrada con júbilo en Madrid. ¿Qué habia de hacerse ya? Quebrantado el poder de España

en Flandes, enflaquecido en Italia, anulado en Portugal, y vacilante en Cataluña, la paz de Westfalia, si bien ponía de manifiesto nuestra flaqueza á los ojos de Europa, daba al menos un respiro para atender á las dos guerras que ardian simultáneamente en dos extremos de nuestra propia península.

Lo único en que Felipe IV. y don Luis de Haro obraron con algun talento fué en atizar las discordias que luego agitaron la Francia, fomentando las guerras llamadas de la *Fronde*. Lograron ver al temible Mazarino objeto allá del odio popular, como acá lo habia sido el de Olivares: abatirle y ensalzarle alternativamente los partidos: desterrarle los unos del reino, los otros darle mas ascendiente y poder: en peligro estuvo su cabeza, y á milagro pudo tener salvarla. Los mas famosos generales franceses abandonaron la causa del rey, y emigraron á Flandes á tomar partido en favor de España: algunos nos dejaron para volver á ser realistas de Luis XIV., pero el gran Condé permaneció constante aliado y auxiliar perseverante del rey Católico y del archiduque gobernador de Flandes contra el Cristianísimo de Francia, su soberano. Magnífica ocasion para reponerse España de sus pasados reveses y pérdidas, á no haberle contrariado dos fatalidades. De la una culpamos á la torpeza política de nuestra córte; la otra no podia ser remediada. Fué la primera no haber sabido el de Haro ni nuestros embajadores en

Londres convertir en provecho de España la revolución de Inglaterra: mas hábil ó mas afortunado que ellos el cardenal Mazarino, acertó á decidir á Cromwell en favor de la Francia, y el terrible protector envió tropas inglesas á Flandes contra nosotros, y naves inglesas contra nuestras Antillas, se apoderó de la Jamaica, amagó á Méjico, Cuba y Tierra Firme, y nos apresó galeones, hombres y dinero.

Fué la segunda fatalidad, que el jóven Luis XIV., el que al cumplir su mayor edad entró en el parlamento con un látigo, símbolo de la monarquía absoluta que iba á establecer, entró tambien en los Países Bajos espada en mano, símbolo de su belicoso espíritu, y de sus aspiraciones á dominar la Europa con las armas. No era menester mas que un rey del temple de Luis XIV., que presenciaba todos los sitios de las plazas, y hacía las campañas como un soldado, para augurar la suerte que habian de correr nuestros ya harto cercenados dominios de Flandes. Don Juan de Austria y Condé habian sido afortunados delante de Valenciennes, pero despues perdimos nuestro ejército en las Dunas, sitio tan fatal para nuestros tercios de Europa como lo habian sido los Gelbes para nuestras tropas de Africa; y asi como la Holanda nos habia llevado antes toda la parte septentrional de los Países Bajos, la Francia nos arrebató despues la parte meridional del Brabante, del Artois y del Henao.

Barcelona, y casi todo el principado de Cataluña,

volvieron á la obediencia del rey de Castilla á los trece años de una guerra sangrienta y tenaz, y volvieron mas por ódio á los franceses que por afición á los castellanos. Sin rebajar el mérito del marqués de Mortara y de don Juan de Austria en el sitio de Barcelona que produjo su rendicion, de cierto no habria sido fácil, dado que fuera posible, sujetar al Principado, á no haber precedido el grito popular de: «¡muerau los franceses!» Tan abominablemente se habian estos conducido, tales habian sido sus tiranías, atropellos, vejaciones, desafueros y liviandades, que les pareció á los catalanes cien veces mas soportable y preferible la dominacion de Castilla que habian sacudido que el yugo francés á que se habian sujetado, y aquel pueblo altivo y fiero se irritó mas contra los nuevos tiranos por lo mismo que los habia invocado como libertadores. La ingratitud de la Francia al pueblo catalan fué horrible; así el ódio que quedó en Cataluña al pueblo francés fué tan profundo que duró todo el resto de aquel siglo y gran parte del otro. Discreto y político, como no tenia de costumbre, anduvo Felipe IV. de Castilla en confirmar á los catalanes sus fueros tan luego como se sometió Barcelona.

Menester es conocer el teson y la tenacidad de los naturales de aquella provincia para no sorprenderse de la pertinacia y temeridad de algunos catalanes, que no obstante la sumision general del Principado llevaron su espíritu de rebelion al extremo de seguir